

Cornelia
Funke

Un Viaje
con
Sorpresas

LAS GALLINAS LOCAS 2

Ilustraciones de la autora

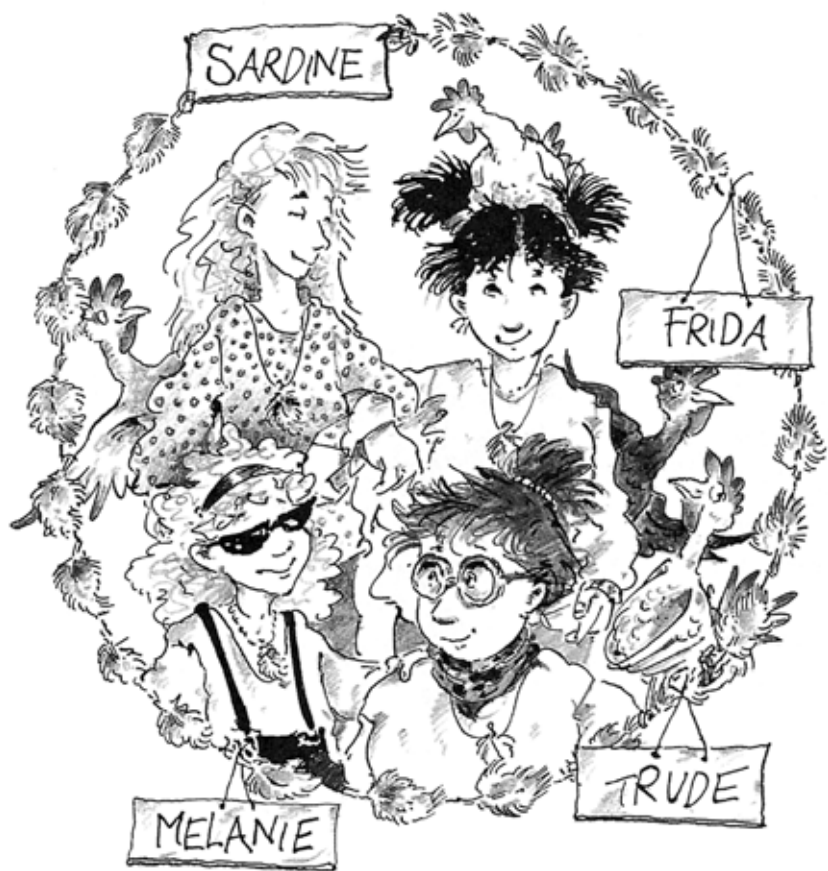
Traducción del alemán de
María Alonso

 Siruela

Biblioteca Funke Ediciones Siruela

*A Frederik, Anne, Simone, Sebastian, Lina,
Katharina, Hannes, Tina y todos los demás,
Gallinas Locas y Pigmeos.*





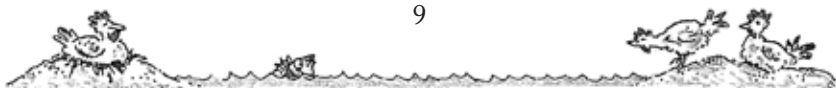
Un pequeño prólogo

Las que vemos ahí, en la ilustración de la izquierda, son las Gallinas Locas: Sardine y Frida, su mejor amiga, la preciosa Melanie y a su lado Trude, que está un poco gordita y es la mayor admiradora de Melanie. Desde que a Sardine se le ocurrió la idea de formar una pandilla de chicas, a la que dieron el nombre de las Gallinas Locas, las cuatro han vivido un montón de aventuras juntas. Lo cierto es que al principio no se llevaban del todo bien. Pero después de convertirse en las Gallinas Locas, quedar todos los días después del colegio, tomar té, dar de comer a las gallinas de la abuela de Sardine y resolver el misterio de la llave negra, se hicieron amigas. Amigas de las de verdad.

Ah, por cierto, en esta historia no se hablará solo de su pandilla. Hay cuatro chicos que son compañeros suyos de clase. Se llaman los Pigmeos, llevan todos un aro en la oreja y hace mucho tiempo que están dándoles guerra a las Gallinas Locas... Hasta que un día cayeron, literalmente, en la red de las Gallinas, aunque esa es otra historia...

Ahora hace cuatro meses que reina la paz entre Gallinas y Pigmeos. Según los chicos, unos meses terriblemente largos y aburridos...

Y de esta manera llegamos ya a una nueva aventura. Así que, arriba el telón, y que salgan las Gallinas Locas.





—Aquí, aquí —exclamó Sardine, abriendo bruscamente la puerta del compartimento—. Venga, daos prisa.

Puso la bolsa de viaje en uno de los asientos, el abrigo en otro y se dejó caer en el que había junto a la ventanilla.

—¡Eh, vaya prisas! —protestó Frida, que casi se queda atascada en la puerta al entrar con su mochila llena hasta los topes.

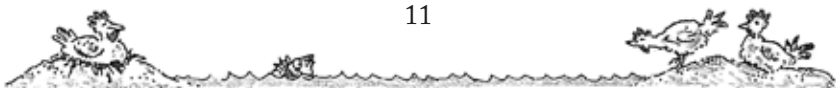
—¿Dónde están las demás? —preguntó Sardine.

—Ahora vienen —respondió Frida mientras se esforzaba por colocar la mochila en el portaequipajes.

—Deja tu abrigo en el asiento que queda libre —le dijo Sardine—. Y cierra la cortina para que no entre nadie más.

Fuera, unos cuantos chicos de la clase intentaban avanzar por el pasillo. Fred le sacó la lengua a Frida, mientras Torte y Steve jugaban a ver cuál de los dos bizqueaba más.

—¡Serán tontos! —dijo Frida, riendo. Luego puso la mueca más fea que pudo y comenzó a hacerles burla. Después cerró la cortina. Los chicos dieron unos golpecitos en el cristal y se apretujaron todos en el compartimento de al lado—. Bueno... —Frida se dejó caer de nuevo en el asiento—. Tenemos a los Pígmegos al lado. Están todos menos Willi. Pero seguro que vendrá.



—Sí, puede ser divertido —dijo Sardine estirando sus largas piernas sobre el asiento de delante.

La puerta del compartimento se abrió. Melanie, también conocida como la bella Melanie, asomó la cabeza por la cortina.

—¿Qué, hay sitio para dos Gallinas más?

—Pasa —respondió Sardine—. ¿Está Trude contigo?

—Sí, claro. —Melanie arrastró una maleta gigantesca hasta el interior del compartimento.

—Buenos días —murmuró Trude, soñolienta.

—¡Madre mía! —Sardine ayudó a Melanie a subir su maleta al portaequipajes—. Pero ¿es que llevas todas tus cosas? ¿Te has traído el armario entero, o qué?

—Ja, ja. —Melanie se sentó junto a Frida y se apartó los rizos de la frente—. Bueno, me he traído un poco de ropa, es normal. En la playa nunca se sabe el tiempo que va a hacer. Sardine se encogió de hombros.

—Lo más importante es que te hayas acordado de la cadena.

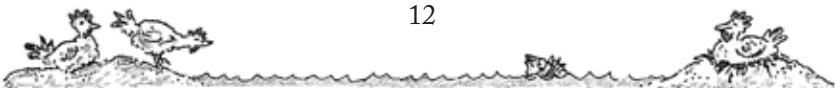
—Por supuesto, pero ¿qué te has creído? —Melanie sacó brillo a sus zapatos de charol con un pañuelo de papel. De su cuello colgaba una cadenita con una pluma de gallina idéntica a las de las otras tres, con la única diferencia de que el collar de las otras era de cuero.

Las plumas del cuello eran la insignia de la pandilla y solo podían llevarlas las auténticas Gallinas Locas.

—Creo que ya nos vamos —observó Trude.

Tras una sacudida, el tren se puso en marcha. Muy lentamente abandonaron la oscuridad de la estación y salieron a la luz del sol.

—Hace un tiempo perfecto para nuestro viaje a la isla, ¿verdad?



Melanie sacó una bolsa de golosinas y ofreció a las demás.

—¿Queréis? Espero que en este viaje nos lo pasemos en grande.

Sardine y Frida cogieron unas cuantas golosinas, pero Trude negó con la cabeza.

—No, gracias. Estoy a dieta.

—Y eso, ¿desde cuándo? —preguntó Sardine.

—Desde anteayer. —Avergonzada, Trude comenzó a jugar con su flequillo—. Ya he adelgazado medio kilo, o casi.

—¿A dieta en un viaje de curso? —se rio Melanie—. No es mala idea. Con la bazofia que nos espera...

—Pues sí. —Sardine miró por la ventana y escribió su nombre en el cristal polvoriento. El tren pasaba por un puente. Debajo, la luz del sol se reflejaba en el agua sucia del río—. ¿Sabéis una cosa? Estoy muy contenta.

—Ah, ¿sí? Pero si ayer intentaste convencernos a todas para que dijéramos que estábamos enfermas y nos quedaríamos en casa —replicó Frida.

—Sí, pero eso era ayer —contestó Sardine—. Ayer era ayer.

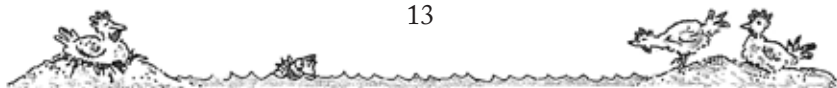
Al lado, los Pígmicos cantaban himnos de fútbol.

—Desde luego, no es que tengan mucho oído —comentó Melanie—. ¿Qué os parece si cantamos algo nosotras?

—¡Oh, no! —protestó Sardine—. A nosotras déjanos tranquilas.

—Melanie tiene una voz muy bonita —intervino Trude—. Hasta canta en un coro. Es primera soprano.

Trude era la fan número uno de Melanie. La admiraba profundamente. Durante las veinticuatro horas del día.



—¡Oh, genial! —Sardine torció el gesto con sarcasmo—. Pero como cante aquí, yo me tiro por la ventanilla.

Melanie acababa de abrir la boca para replicar algo no muy agradable cuando llamaron a la puerta.

—El revisor —susurró Trude—. Ay, Dios, ¿y ahora dónde he metido yo el billete?

Pero era Torte, el integrante más pequeño y ruidoso de los Pigmeos.

—¡Hola, bichos con plumas! —exclamó—. Tengo un mensaje para vosotras.

A continuación lanzó al regazo de Frida una hoja de papel enrollada, hizo una reverencia y volvió a cerrar dando un portazo.

—Oh. —Melanie puso cara de resignación—. No me extrañaría que fuese una carta de amor. Hace tiempo que Torte está enamorado de Frida.

—¡Qué tontería! —murmuró esta, que a pesar de todo se puso roja como un tomate.

—Torte también le ha escrito algunas cartas de amor a Melanie —musitó Trude en tono de misterio.

—Bah, pero eso fue hace mil años —replicó Sardine—. Venga, Frida, léela de una vez.

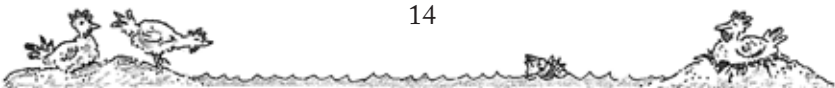
Frida desenrolló la hoja con desgana. Las demás Gallinas se inclinaron hacia ella con curiosidad.

—Pues no, no es una carta de amor —afirmó Sardine—. Es la letra de Fred.

Fred era el líder de los Pigmeos.

—«Aviso para las Gayinas Salvajes» —leyó Frida en voz alta—. ¡Jolín! Ni siquiera sabe cómo se escribe «Gallinas». Tendrían que llamarse directamente los Analfabetos.

—¿Un aviso de qué? —preguntó Trude. Inquieta, se colocó bien las gafas.



—Un momento. —Frida extendió la hoja de papel—. No creas que es tan fácil de descifrar. «Los temidos Pigmeos os informan de que el acuerdo de paz con las Gayinas Salvajes no tiene validez en lugares desconocidos. Así que id con cuidado, Gayinas. Firmado: los Pigmeos».

Frida levantó la cabeza.

—¡Oh, no! ¡Otra vez no!

—¡Me lo imaginaba! —exclamó Sardine dando una palmada—. Genial, se van a arrepentir.

—Pero en el barco todavía vale el acuerdo de paz, ¿no? —preguntó Trude.

Solo de pensar en el ferri que iba a llevarlos a la isla, le venían todos los males.

—Lo digo por que no me roben las bolsas de vomitar. Seguro que me mareo.

Sardine se encogió de hombros.

—Yo diría que eso puede negociarse. Lo hablaré con Fred.

—De todas formas, esos ferris no se balancean mucho —la tranquilizó Frida.

—Y además... —dijo Melanie entre risas—, además no te vendrá mal para la dieta.

Al oírlo, Trude se limitó a sonreír con cara de disgusto.

